

VEIGA

A Ramiro Mourão

Es el tipo más extraño que conozco. ¿Cuántos años tendrá? Andará por los treinta, o más. Delgadísimo, ese lúgubre perchero que es su cuerpo lleva puesta ropa de otros que le queda demasiado ancha: levitas, fracs, ricos atuendos que verdean, ya en plena descomposición, y más avergonzados sobre ese esqueleto torcido de pordiosero que en la tienda de un chamari-lero o vistiendo a un payaso.

Seguro que lo conocen. Seguro que, ceremonioso y tartamudo, ya les pidió limosna. Es un pobre diablo y está loco, Veiga.

Consejera y poética caricatura de las calles, me lo encuentro siempre con lentitud y ritmo, con un giboso abandono de vagabundo que le daría dandismo a un diplomático. Pues bien, es solo un mendigo. Pero no como todos nosotros, en la esquina de alguna calle o a la puerta manoseada y vulgar de algún ministerio, pidiendo un empleo o una novia rica, diez reales o una participación en un monopolio. No es así; ¡es de otro género, es paradójico, es único! Pide para comer, pero no come como todos nosotros, por comer. ¡Es para vivir la vida, la vida entera! Esperen un momentito: es extraordinario.

Déjenme contarles primero cómo era.

Veiga, cuando me topé con él por primera vez, era funcionario en el registro de un juzgado. A las diez, todas las mañanas, se ponía con unción los manguitos de alpaca. Permanecía así hasta las tres, completamente encorvado, cumpliendo religiosamente, arañando el papel timbrado con una letra estilizada y redondeada, tan correcta y tan banal que llevaría a la desesperación a cualquier grafólogo.

Tipo neutro, muy *ni pincho, ni corto, sino todo lo contrario*, gozaba en todo el juzgado de una simpatía benevolente y desdeñosa. «El escribano», decían de él sus compañeros de trabajo, «es un pobre diablo». Y sí que era un pobre diablo.

Sus nervios desnortados sufrían con el drama cotidiano del juzgado, ese espectáculo de miseria en carne viva explotada por los demás, que veían en ella la mejor sinicura, extraoficial y lucrativa, el verdadero empleo. Veiga, el pobre, no explotaba: sufría. A veces, mientras copiaba interrogatorios, órdenes de captura o de embargo, se le humedecían los ojos, y unas débiles revueltas de neurótico le crispaban las manos delgadas sobre la pluma, perturbando en trémolos sin arte su hermosa y banalísima cursiva.

En muchas de esas prosas rígidas, donde se amortaja a los hijos de los hombres en fórmulas-destinos, estaba plasmado el gráfico de su emoción novelada, el patético mapa de sus nervios.

En el registro, mejor que en los libros (sin bagatelas literarias, sin imágenes), Veiga oyó la marea ronca de la desgracia, y su pluma atenta recorrió sus siete círculos fatídicos. Se la sabía de memoria, como un folletín vivo gritado a sus oídos, que él plasmaba en

papel timbrado a veinte mil reales al mes. En aquellas páginas oficiales hojeaba la vida social como en un índice, leía como en una partitura toda la armonía humana. ¡Y menuda armonía, Dios bendito!

Tenía ganas de huir, de taparse los oídos, de meterse a solas en un agujero. Allí rozó, más encogido, aspiraciones, quimeras doloridas. Como era un flojo, de una nerviosidad romántica, sentía terror: tenía ganas de llorar. No se embotaba, como los demás, en un cinismo comodón: cada vez se atarambanaba más.

Claro que no podía tener amigos: era ridículo, era diferente, era un solitario. Se reían de él con benevolencia, le daban la mano como si eso fuera un regalo.

Cuando se alejaba de algún grupo, bajo las arcadas conventuales del juzgado, iba compungido, queriendo esfumarse, con ganas de morir, pues sabía muy bien que se reían de él, de sus zapatos descabalados, de su tartamudez.

Vivía con su madre, sin más parientes. En cuanto llegaba a casa iba a olvidar, a quemar en el brasero interior esas miserias, y con la luz de tan mala leña hacía aureolas para su sueño.

¿Con qué soñaba él? Con el amor.

Lo había visto desnudo, reducido a actas: lo oyó debatirse, bien inmundo, en la camisa de fuerza que es la ley; se codeó con él en el registro, en todas sus formas, desde la prostituta de callejón hasta el adulterio de alta cuna. Y a pesar de todo, persistió en amar imbécilmente, convencido —¡el muy desgraciado!— de no sé qué sarcástico destino que lo había esculpido para ser un enamorado, como una carcasa humillante de fanteche.

Amó.

Era una rubia teñida, hija de la tienda de menudencias del otro lado de la calle. Le escribió, en insomnios de delirio, cartas larguísimas en papel azul. La llamó de todo menos fea, y ella le respondió. Durante unas semanas lo vio todo del color del oro. Andaba atontado, como en sueños, suspendido de los hilos de esa trenza, flotando a la altura de un tercer piso. E incluso en el cuchitril del registro, si lo dejaban solo unos momentos, cerraba como un místico los ojos para forrar sus párpados con ella, susurrando devociones. ¡Qué le importaba ahora el juzgado, esa tragedia amorfa, sin estilo, tantas palabras que condensan dramas y que él, por su oficio, copiaba! Escribía pensando en ella, envuelto en la vaguedad como en una nebulosa redentora, y ya no veía en el papel un mar pautado en el que flotaban cadáveres de destinos, harapos de esperanzas, vidas podridas...

Había muchos días en que Veiga era casi un ser de sueño. A su madre, en casa, le decía cosas imprecisas; comía cada vez menos, pero estaba resplandeciente. Ponía gran cuidado en el vestir. Mandó a lustrar su antiguo frac, que ahora, sin un solo pelo, espejeaba, y se hizo además con un bombín negro que le hacía poco daño en la cabeza. Para ser de segunda mano, era magnífico. Se lo había vendido un compañero del registro. Andaba, de felicidad, tan lleno como un huevo. Tenía unas ganas locas de sonreír, de besar a los niños, de dar limosnas, de agradecerle a Dios el sol y la lluvia y de decirles a todos que ella le amaba. Había ido a regatear el precio de un anillo de oro, y ahorrraba de

manera prodigiosa para regalarle en breve esa alianza. Para él, el anillo era un símbolo supremo: fundiría para siempre sus destinos. Iría a hablarle, gritándole desde la calle su amor, cuando pudiese llevar ese eslabón liso, que ella se pondría mirándolo con ojos perturbados, como en una liturgia nupcial.

Llegó el día. Veiga ni comió. Se metió la alianza en el bolsillo, se caló el bombín, besó conmovidísimo la mano de su madre y se puso en marcha, rítmico y mudo, muy solemne, como si pisase el filo del destino.

Aún era temprano. Fue a la deriva por las calles, con los brazos colgando, lánguido, enajenado, trazando proyectos de futuro: una casa mejor y, en pocos años, un hogar con ella, inmortalmente rubia. Caminaba distraído, fluctuando, sin mirar, sin percibir matices, fumándose su monólogo de sueños, sintiendo con placer cómo llegaba la noche. Se detuvo por fin, clavó sus ojos febriles en una ventana del tercer piso. Esperó..., esperó, ¡ella no llegaba! ¿Cuánto hacía que observaba el balcón? Tal vez cinco minutos, una hora quizás. Había perdido la noción del tiempo. No sabía ya nada. De pronto se abrió el visillo. Era ella. Miró un instante, lo vio y se retiró después de forma brusca.

«¡Pobrecita! No puede salir ahora. Tal vez tenga visitas, gente de fuera. Esperaré», pensaba Veiga, con las piernas temblorosas. Y esperó, esperó con agonía... Sonaron al final, y bien alto, las diez, campaneándole dentro de la cabeza. Alzó los ojos. No podía más. El fulgor de la luna, de ópalos fluidos, lamía los cristales, y ella apareció en la claridad, muy blanca, en el mismo instante en que le dio un encontronazo un contable pisaverde al pasar.

«Seguro que ha sido sin querer», pensó Veiga, pero en seguida vio que se daba la vuelta y lo provocaba.

«¿Qué le pasa conmigo? ¿Qué le he hecho?», se estaba preguntando ingenuamente cuando lo vio hacer señas hacia el piso de ella y señalarlo, riéndose con aire de rechifla.

La vida se detuvo en torno a él. Dejó de ver, de oír, se quedó inmóvil, lamido por la brisa de un vértigo helador, con la cara vuelta hacia arriba, lívido e inconsciente. Se le acercó entonces el otro y lo agarró por las solapas con violencia.

—¿Qué estás haciendo aquí, grandísimo imbécil? —le decía entre brascas sacudidas—. Todavía no te has enterado de que se han burlado de ti? Tus cartas las llevo yo encima, para leérselas a mis amigos y partirnos de risa. Eres un panoli de primera. ¿Me oyes o no me oyes? —Y le dio una última sacudida más fuerte—. No hay nada que hacer. Sordo como una tapia.

Veiga lo miró atónito, sin gestos. No tenía palabras. Estaba petrificado. Se caía de debilidad, apenas oía, y en los ojos de fiebre, muy abiertos, un desencanto inmenso, embobado, un vacío de asombro, medio loco... Estaba frente al otro sin tan siquiera verlo. Todo su flaco cuerpo de humillado se encorbaba aún más de decepción, como si lo hubiese hecho jirones una ráfaga de viento. Parecía estar esperando unos brazos en los que desplomarse. El otro lo miró con un desprecio animal y concluyó, con la mano cerrándose en un puño frente a él:

—¡Y ahora, aire! Si no, te parto la cara.

Veiga ni siquiera parpadeó. Se quedó inerte.

—¿No me has oído, idiota?

Y como no hacía ni un solo movimiento, le dio una bofetada que le volvió la cara del revés. Después, regodeándose en su triunfo, le hinchó el cuerpo a puntapiés, lo tuvo enredado como un trapo entre las piernas, hasta que, harto, decidió dejarlo, concediéndole, magnánimo, el perdón.

—Ya basta. Te he dado para el pelo.

La luz de la luna era de éxtasis, deliciosa, y el imbécil que iba trepando por la calle, abatido, ahogaba sus sollozos en el pañuelo, cerraba la boca seca como en un trismo y lo impulsaba un único anhelo: ir a despertar a su madre en su oscura alcoba para llorar bajito junto a ella, como hacía de crío cuando se burlaban de él en el colegio. Solo eso podría consolarlo: oír su voz, sus palabras de ternura, sentir sus manos arrugadas en su pelo...

Hizo un último esfuerzo y se dominó. Fue de puntillas hasta su cuarto y se dejó caer de bruces sobre la cama, como si de su fosa se tratase, para acabar, en la humillación suprema del flagelante, delante de su ídolo tan rubio. Crispó en el travesero sus manos de náufrago, como en la carne de alguien que lo acogiese, un amigo que oyese su confidencia. Dijo en voz queda cosas sin sentido, el nombre de ella, lloró horas y horas, gimió en alto, diluyendo en las lágrimas su angustia, sintiendo en el cuerpo extenuado la blandura del vaivén de esa tabarra, que lo consolaba.

A veces lloraba casi con placer; desdoblándose, asistía a su martirio como en las mejores noches de teatro, cuando oía los quintos actos sollozantes apretujado en una butaca del gallinero. Estuvo así, de bruces, mucho tiempo, reblandecido, estúpido, pastoso.

No podía dormir, le era imposible. Y, haciendo un gran esfuerzo, quiso erguirse. Pero le dolían los moratones, y, con una rabia frustrada de impotente, hirió la paz del cuarto con patadas, con rechinar de dientes, con puñetazos, retorciéndose en un odio corrosivo, menos contra el contable que lo había zurrado que contra sí mismo, tartamudo y mediocre, siempre inclinado en reverencias torpes, entre torpes, entre burlas y adioses de desprecio, sin valor para soltar un puñetazo o una insolencia.

Se sintió un pingajo, fango, algo inmundo. Sintió incluso placer al deprimirse. Se revolcó en la humillación casi con gozo, como otros en la gloria o la lujuria, y arrancó de su misérrimo ridículo, de su cobardía tan vejada, este consuelo cristiano para nimbarse:

—¡Soy una víctima del amor y el destino!

Aún sentía en la cara las bofetadas, oía todavía la voz chabacana del contabilucho: «Ya basta. Te he dado para el pelo». Pero la única realidad bien tangible, al llorar así, de bruces, con el bombín en la nuca y el chaquetón puesto, era esa cosa mágica e inefable: «¡Soy una víctima del amor, tengo un romance!». Y, con la cara ardiendo, era un héroe.

Se durmió casi de madrugada. Despertó con el sol que lo buscaba, y ya se iba a girar lejos de la luz, cobardemente, para huir a través del sueño y olvidar, cuando escuchó los pasos de su madre, que estaba entrando. Se envolvió entre las mantas con un gesto brusco, para que no lo viese todavía sin desvestir. Se encogió bajo la tela cuanto pudo, pero, aun así, los pies se le quedaron fuera, con los botines de elástico embarrados y el bombín aplastado como almohada.

Su madre entró en el cuarto muy despacio. Fue a abrir las ventanas dulcemente, creyéndolo dormido, sosegado. Cuando lo vio vestido sobre la cama, con una palidez descompuesta y unas ojeras profundas, corrió hacia él, puso la mano sobre su cabeza y preguntó, blanca del susto, toda temblorosa:

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Estás malito? ¿Por qué has dormido así, totalmente vestido?

Veiga la miró con cara de idiota, embrutecido. No supo qué decir, no quería contárselo. Y, como si la muerte de la ilusión lo hubiese encanallado, como si acabase de nacer en él otro ser vanidoso y lleno de sequedad, un cínico despreciable, se levantó de la cama, se estiró y, sin mirar a su madre, sin besarla, fue eructando estas torpes mentiras, sorprendiéndose él mismo al escucharlas, entablando relaciones con un nuevo Veiga:

—¿Qué quieres? Ni yo sé cómo ha pasado. Una noche de juerga, mujeres..., una buena jarana. Se me ha ido la mano con el vino. Ahí lo tienes.

Se metió las manos en los bolsillos del chaleco y, con las piernas abiertas, bamboleándose, vomitó a tirones su programa:

—Las cosas van a cambiar mucho aquí. Estoy harto de ser un tonto: voy a cambiar. De ahora en adelante es otra cosa, otra vida. Te aviso desde ya. No te me quejes luego. —Y, señalándole la puerta, concluyó—: ¿El desayuno está listo? Vamos ya de una vez. No quiero esperar.

Casi ni tartamudeó, el muy imbécil. Sin las alas-muletas de la ilusión, que elevaban a ese orangután a cielos de ensueño, no era más que un dictadorcete

bufo con un rencor cobarde de fracasado, husmeando con rabia de impotente una víctima, alguien en quien expiar. Pasmada, la pobre criatura salió enjugándose los ojos con el delantal. Y empezó en esa hora su martirio.

Nueva fase de Veiga.

Se inició entonces en los misterios de la taberna y, con la mirada barnizada de ginebra, oyendo los popurrís de ópera que un sexteto melodramático le servía, pagaba las rondas a los amigos.

Fue un excompañero de trabajo, que había cometido hacía meses un pequeño desfalco para fundar un semanario clandestino, quien le presentó a los muchachos de la tertulia. Después, sableándole las perras de la bebida, emprendieron también el apostolado.

—Y ¿nuestro amigo tiene... la «idea»?

Veiga no la tenía. Lo abastecieron abundantemente de ella en noches de catequesis delirante. Ahora era un iniciado, el muy idiota. Las necesidades que los otros le esputaban, como una obscena biblia de rebelión, las acogía Veiga con fervor: el contable ahora era el «burgués», y su ídolo rubio, iel «prejuicio»!

Perdía las noches en un delirio tartamudo, proclamando en la taberna el «amor libre». Se escaqueaba del registro a menudo. Inconscientemente, igual que había rezado con devoción hasta hacía poco, absorbía octavillas anarquistas y tenía junto a la cabecera de su cama, como una especie de *Flos sanctorum* laico, una hagiografía patética, ilustrada con un Ravachol¹

¹ F. C. Koëningstein (1859-1892), anarquista francés, autor de tres atentados con dinamita contra representantes del aparato judicial, que murió guillotinado. (*Todas las notas son del traductor*).